

LOS EVANGÉLICOS EN LA POLÍTICA ARGENTINA. CRECIMIENTO EN LOS BARRIOS Y DERROTAS EN LAS URNAS

Marcos Carbonelli, Biblos, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2020, 203 págs.

Por Geraldina Dana

Los evangélicos llegaron a la Argentina por la vía de la inmigración a principios del siglo XIX y, desde entonces, representan la minoría religiosa más importante del país. Sin embargo, fue recién en la década del noventa del siglo XX que irrumpieron en la escena política nacional. Su experiencia dista de las homólogas en otros países latinoamericanos como Brasil, Colombia o Perú, obteniendo magros resultados electorales en nuestras latitudes. Empero, en la obra “Los evangélicos en la política argentina: crecimiento en los barrios y derrotas en las urnas”, Marcos Carbonelli se adentra en estos casos de politización en los ámbitos partidario y territorial para mostrar cómo estas incursiones están interconectadas con una profunda legitimidad de su trabajo social entre los sectores más postergados, habilitando de este modo una gravitación en las políticas de gobierno, así como su participación en debates públicos en torno a la ampliación de derechos sexuales y reproductivos.

Siguiendo una epistemología comprensivista, el trabajo de campo fue realizado a través de entrevistas en profundidad a líderes y pastores evangélicos con proyección partidaria, dirigentes de federaciones evangélicas, funcionarios y dirigentes políticos entre 2007 y 2017. Este enfoque cualitativo se nutrió también del relevamiento de los documentos publicados en los sitios web de estos dirigentes, su propaganda callejera e intervenciones en medios de comunicación. Se complementó finalmente con la observación participante de reuniones, actos de campaña, conferencias y movilizaciones.

Luego de un primer capítulo destinado a la historia de los evangélicos en la política argentina, Carbonelli analiza sucesivamente distintas formaciones y liderazgos. Por una parte, estudia tres partidos evangélicos peronistas –el Movimiento Justicialista Cristiano (MJC), Cristianos en Acción y el Frente Unión por la Fe–. Por la otra, analiza la trayectoria política de la diputada Cynthia Liliana Hotton y de su espacio, Valores para mi País (VPMP). Finalmente, aborda la organización Sal de la Tierra y el trabajo político y social de su referente, el pastor Leonardo Álvarez, de La Cava, en el partido bonaerense de Lomas de Zamora.

Cabe aclarar que el campo evangélico es uno diverso en términos organizacionales, pastorales, litúrgicos y políticos. El autor retoma la diferenciación realizada por Hilario Wynczyk (2009) entre un polo conservador bíblico, portador de posturas ortodoxas en materia sexual y política, agrupado en las federaciones de la Alianza Cristiana de Iglesias Evangélicas de la República Argentina (Aciera) y la Federación Confraternidad Evangélica Pentecostal (Fecep), y otro polo liberacionista, asociado a las cuestiones sociales e identificado en la Federación Argentina de Iglesias Evangélicas (FAIE). A pesar de esta heterogeneidad, el mundo evangélico ha sido en su conjunto posicionado como un *otro* frente a la religión oficial católica de la Argentina. Históricamente privado de la posibilidad de realizar acciones proselitistas, fue durante el segundo gobierno peronista que logró organizar la visita del predicador norteamericano Tommy Hicks, sellando así una afinidad entre peronismo y evangelismo que perdura hasta la actualidad. Por el contrario, los gobiernos dictatoriales enfatizaron la catolización de la sociedad argentina, en detrimento del grupo estudiado por Carbonelli. Es por eso que la última restauración democrática (1983) supuso una oportunidad de crecimiento para las comunidades evangélicas, tanto en cantidad de fieles como en la visibilización y movilización en el espacio público.

Para el período analizado por el autor, el MJC, Cristianos en Acción y el Frente Unión por la Fe postularon líderes evangélicos que pretendían ser intendentes de municipios del conurbano bonaerense –Hurlingham y Quilmes, respectivamente– en el marco de diversas líneas internas del peronismo gobernante. Carbonelli detalla una “triple afinidad entre los movimientos evangélicos y el peronismo: una afinidad territorial, una afinidad simbólica y, finalmente, una afinidad organizacional” (p. 54). Así,

el conurbano bonaerense aparece como el *locus* de los sectores populares urbanos, grupo social de referencia tanto del movimiento político peronista como del trabajo social de los pastores evangélicos. El primero se acercó a los últimos porque vio “su fuerte inserción en el territorio como un capital político de importancia” (p. 55), y aquellos abrazaron el apoyo gubernamental. En segundo lugar, en términos simbólicos, la centralidad de lo popular, la justicia social y la defensa de los derechos de los trabajadores conforman un espacio de intersección entre política y religión, donde conviven peronismo y evangelismo. Finalmente, tanto los movimientos evangélicos como el peronismo se organizan a través de agrupaciones autónomas que convergen en una identidad colectiva mayor. Estas líneas de confluencia permitieron que “pastores jóvenes, de no más de cincuenta años de edad, líderes de iglesias pentecostales de mediano tamaño en el conurbano bonaerense” (p. 50) abandonaran la orientación anti-política que había caracterizado a sus predecesores y se lanzaran a la arena electoral. Este salto tuvo como marco de posibilidad el “anclaje territorial” que el autor describe como “la gravitación del trabajo social evangélico al interior de la vida asociativa de los barrios populares (...), una manera de habitar el territorio que incluía no solo el despliegue de una oferta y propuesta de bienes de salvación y rituales culturales, sino también un trabajo pastoral orientado a atender las necesidades del territorio” (p. 50). Pero a pesar de constituir este anclaje territorial a los líderes evangélicos como referentes sociales, no le permitió a sus formaciones electorales reemplazar las lealtades partidarias de los sectores populares, históricamente ligadas al peronismo. De hecho, ninguna de las organizaciones mencionadas logró ocupar cargos públicos en las contiendas de 2007, 2009 o 2011.

En contrapartida, este anclaje territorial de los referentes evangélicos permitió otra forma de politicidad que el estudio etnográfico de las tareas político-pastorales de *Leo Álvarez* en La Cava viene a ilustrar. La organización que lidera, Sal de la Tierra, se constituyó a partir de 2007 como una de las principales en dicho barrio: 1.200 de las 4.000 familias que allí residen son quincenalmente provistas de bolsas de alimentos adquiridas por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación por su intermedio. A través de distintas acciones como esta es que el pastor y su agrupación se constituyen como representantes del Estado en el momento de la implementación de políticas públicas. Brindan a los vecinos del barrio

información sobre campañas de vacunación, trámites de registro civil y tiempos administrativos y ponen a disposición sus instalaciones a efectos de que la política gubernamental acceda a una población de la cual se encontraría, de otro modo, más distante. Simultáneamente, La Cava es representada por el pastor ante instancias políticas¹ y gubernamentales: Álvarez puede hablar en nombre de la villa y hacer audibles las demandas de la misma. Ejemplo de ello es que en el año 2015 haya conseguido que se hiciera extensivo el decreto presidencial que duplicaba la Asignación Universal por Hijo para los damnificados por las inundaciones en la cuenca del Riachuelo a los vecinos de La Cava. Por este doble carácter de representante del Estado en la villa y viceversa es que Carbonelli denomina “anfibia” estas identidades: dominan los lenguajes, códigos y saberes de la política y la religión en simultáneo (p. 171). Esta nueva politicidad evangélica supone, de acuerdo al autor, la ruptura con dos monopolios anteriormente limitados al catolicismo: el de la producción de militantes desde el espacio religioso y el de actuar como extensión legítima del Estado.

Finalmente, el autor completa la caracterización del campo político evangélico al abordar una propuesta no peronista, VPMP, cuya figura fundadora fue la diputada nacional por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Cynthia Hotton (2007-2011). Hija de un ex embajador y diplomática de carrera, contó con el apoyo institucional de Aciera y Fecep en una agenda política que tenía tres reivindicaciones centrales. Por un lado, en línea con el reclamo histórico de libertad religiosa por parte de los evangélicos, propuso una nueva Ley de Cultos que otorgaba personería jurídica religiosa a todos los credos registrados. En segundo lugar, articuló la oposición a la despenalización del aborto y el matrimonio entre personas del mismo sexo. Finalmente, tomó las banderas de la lucha contra la corrupción. Este programa supone la aparición de un nuevo clivaje en el campo político argentino y acaso la innovación conceptual más notoria de la obra reseñada: el *clivaje de los valores*. En efecto, la aparición de VPMP supuso la puesta en escena de dos lógicas de diferenciación político-identitarias en

¹ En 2011, Sal de la Tierra pasó a integrar la mesa provincial de “Unidos y Organizados”, descrita por el autor como “una suerte de *entente* política que articulaba a distintas agrupaciones kirchneristas con perfil territorial” (p. 162, destacado en el original).

simultáneo. Por una parte, enarboló una crítica de contenido a las iniciativas contrarias a los modelos tradicionales. Trazó en torno a ella la oposición entre la “cultura de la muerte” y la “defensa de la vida” (y la familia). Por otro lado, llevó a cabo una crítica de forma, asociando a los partidos políticos tradicionales con prácticas clientelares, oponiendo “corrupción” a “honestidad”. Estas dos líneas de oposición componen conjuntamente el *clivaje de los valores*. Desde éste se propone una crítica ética a la política, subrayando la oposición entre quienes realizan dicha actividad en función del interés particular *versus* los dirigentes que la llevan adelante persiguiendo el bien común, entendido aquel desde una óptica religiosa. Con esta apelación *posideológica* se buscó un *doble registro representativo*: la comunidad evangélica, inicialmente, y, potencialmente, un público pluriconfesional que defienda valores considerados primordiales.